

Antonio Tabucchi

# Para Isabel

Un mandala

Traducción de Carlos Gumpert



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Per Isabel. Un mandala  
© Giangiacomo Feltrinelli Editore  
Milán, 2013

*Ilustración:* © Alicia Savage

*Primera edición: noviembre 2014*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A  
© De la traducción, Carlos Gumpert, 2014  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7906-3  
Depósito Legal: B. 21289-2014

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 Molins de Rei

1. Primer círculo. Mónica. Lisboa.  
Evocación

No había estado nunca en el Tavares en toda mi vida. El Tavares es el restaurante más lujoso de Lisboa, en él hay espejos de estuco dorado y sillas de terciopelo, se come cocina internacional aunque también la típica cocina portuguesa, preparada sin embargo con delicadeza, por ejemplo, tú pides cerdo con almejas, como se hace en Alentejo, y ellos te lo cocinan como si fuera un plato parisino, o por lo menos eso me habían dicho. Pero no había estado nunca allí, tan sólo había oído hablar de él. Tomé un autobús hasta Intendente. La plaza estaba llena de putas y de chulos. La tarde tocaba a su fin, yo llegaba con antelación. Entré en un viejo café que conocía, un café con billares, y me puse a mirar el juego. Había un viejecillo al que le faltaba una pierna que jugaba apoyado en una muleta, tenía los ojos claros y el pelo crespo y blanco, derribaba palillos como si se bebiera un vaso de agua, limpió a todos los presentes y luego se sentó en una silla y se dio un golpecillo en el vientre como si se dispusiera a digerir.

¿Amigo, te va una partida?, me preguntó. No, contesté yo, contigo perdería sin duda alguna, si te apetece podemos jugarnos un vasito de Oporto, me hace falta un aperitivo, pero, si lo prefieres, te invito con mucho gusto. Él me miró y sonrió. Tienes un acento raro, añadió, ¿eres extranjero? Un poco, contesté. ¿De dónde vienes?, preguntó. De los alrededores de Sirio, dije yo. No conozco esa ciudad, replicó él, ¿a qué país pertenece? Al Can Mayor, dije yo. Bah, dijo él, con todos los países nuevos que hay ahora en el mundo. Se rascó la espalda con el taco del billar. ¿Y cómo te llamas?, preguntó. Me llamo Waclaw, contesté, pero ése no es más que mi nombre de bautismo, para los amigos soy Tadeus. Él relajó su gesto de desconfianza y exhibió una ancha sonrisa. Así que estás bautizado, dijo, de modo que eres cristiano, entonces soy yo quien te invita a beber algo, ¿qué tomas? Dije que me tomaría un Oporto blanco y él llamó al camarero. Ya me he dado cuenta de qué es lo que te hace falta, continuó el hombrecillo, te hace falta una mujer, una guapa mujer africana de dieciocho años, te costará poco, es casi virgen, llegó ayer de Cabo Verde. No, gracias, dije yo, voy a tener que irme enseguida, intentaré encontrar un taxi, esta noche tengo una cita importante, no tengo tiempo para chicas en estos momentos. Él me miró con aire perplejo. Hum, dijo, pero, entonces, ¿qué andas buscando por aquí? Yo encendí un cigarrillo y permanecí en silencio. Yo también estoy buscando a una mujer, dije

luego, y voy preguntando por ella, me he parado aquí por casualidad, para matar el tiempo, porque tengo una cita con una señora que puede darme cierta información y quiero oír lo que me cuenta, y, por cierto, ya es hora de que me vaya, hay un taxi libre en la parada, tengo que darme prisa.

Espera un momento, dijo él, ¿para qué buscas a esa mujer?, ¿la echas de menos? Tal vez, contesté yo, digamos que he perdido su rastro y que he venido a propósito desde el Can Mayor para buscarla, quisiera saber algo más, por esa razón tengo un cita. ¿Y dónde tienes esa cita?, me preguntó él. En el restaurante más elegante de Lisboa, contesté, un lugar de espejos y de cristales, no he estado nunca allí, creo que costará bastante, pero, total, no soy yo el que paga, qué quieres, amigo, estoy aquí de permiso y llevo poca calderilla encima, me conviene aceptar las invitaciones. ¿Es un lugar fascista?, preguntó el viejecillo. No sabría decírtelo, contesté, francamente nunca se me había ocurrido pensar en el asunto en esos términos.

Me levanté deprisa, despidiéndome, y me marché. El taxi seguía parado en el mismo sitio. Entré en el vehículo y dije: Buenas noches, al Tavares, por favor.

Nos conocimos en el internado de las Escravas do Amor Divino de Lisboa. Teníamos diecisiete años. Isabel era un mito para toda la clase, porque provenía

del Liceo Francés. Verá, el Liceo Francés, en aquella época, era un lugar de resistencia, allí daban clase todos los profesores que no encontraban acomodo en los institutos estatales por sus ideas antifascistas, e ir al Liceo Francés significaba conocer el mundo, hacer viajes de estudio a París, estar en conexión con Europa. Nosotros, en cambio, veníamos del instituto estatal, una mierda, disculpe la palabra, donde se estudiaba la constitución corporativa salazarista y los ríos de Portugal, y se dividía en estúpidos pedazos el poema nacional, *Los Lusíadas*, que es un hermoso poema de mar, pero que venía estudiado como si fuera una batalla africana. Porque por aquel entonces teníamos colonias. Pero no se llamaban colonias, se llamaban Ultramar. Bonito nombre, ¿verdad? Y había gente que se había enriquecido con el Ultramar, debo decir que era normal en las familias de las chicas que acudían al internado, todos aguerridos salazaristas, y fascistas de los de verdad, aunque nuestros padres no, me refiero a los míos y a los de Isabel, tal vez fuera por eso también por lo que nos hicimos amigas, por esa identidad común de nuestras familias.

La suya era una vieja familia de la nobleza portuguesa, con el salazarismo no tenían nada que ver, era una familia en decadencia que tenía propiedades en el Norte, en Amarante, donde hacen pan de las formas más extrañas, pero como le acabo de decir era una familia sin dinero y sin poder, las propiedades

del Norte estaban todas arrendadas a aparceros o a quinteros y no producían nada. Menudas vacaciones de verano pasamos, Isabel y yo, en su casa de Amarante. No era una casa, era una torre medieval de granito llena de antiguallas y de cómodas que daba al río, y nosotras éramos felices. Qué hermosos eran los veranos, entonces. Isabel llevaba un gran sombrero de paja. El óvalo de su cara quedaba de lo más gracioso con aquel extravagante sombrero que alguno de sus familiares le había traído de un viaje a la Toscana. Y además pintaba. Estaba convencida de que llegaría a ser una gran pintora y pintaba ventanas. Ventanas con las hojas cerradas, ventanas con las hojas abiertas, ventanas con cortinas, ventanas con rejas, pero siempre ventanas como las que hay en el Duero o en el Miño, con esos preciosos postigos de tablones y a veces visillos de lino. Pero no ponía nunca figuras humanas, los personajes estropean el misterio, decía, verás, yo pinto esta ventana que resulta de lo más misteriosa cuando no hay nadie, pero si pintase a alguien asomándose el misterio se acabaría enseguida, es el veterinario de Amarante, lleva perilla y una redecilla en la cabeza para que no se le revuelva el pelo mientras duerme, se pasa la vida haciendo flexiones al lado de la ventana, sabes que ayer, mientras estaba pintando su ventana, se asomó y se quedó de lo más estirado apoyado en el alféizar, haciendo como que no me veía aunque me veía perfectamente, sólo que tenía los ojos en el cielo con